

La admonición de un utopista

El taller, el templo y el hogar

WILLIAM OSPINA

Random House, Bogotá, 2018, 200 pp.

ESTE LIBRO constituye una admonición severa contra el estado actual de la sociedad humana, el cual se caracteriza en sus páginas como una crisis profunda en casi todos los órdenes, y un llamado a tomar acciones inmediatas para conjurar o revertir sus consecuencias que, según el autor, son potencialmente catastróficas.

El volumen reúne nueve ensayos que fueron publicados primero por Ospina como artículos de prensa sueltos —como en los casos de “Salud y poesía” y del que le da título al volumen— o fueron expuestos como charlas en diferentes encuentros. Pero la unidad del libro, tanto en su contenido como en su forma, resulta clara para el lector de principio a fin.

En cuanto al contenido se refiere, ya lo dijimos, expresa el gran inconformismo del autor con el panorama general que ofrece el mundo hoy por hoy, en el que una serie de males que remontan en orígenes a la Revolución Industrial y que, conectados entre sí e incidiendo unos en otros, han adquirido el perfil y el tamaño de una grave amenaza para la supervivencia no solo de la civilización tal como la conocemos, sino también del mismísimo escenario natural en que esta reside y se desarrolla: el planeta Tierra.

He aquí la lista de los males públicos actuales sobre los que reflexiona críticamente el escritor tolimense: el modelo económico y social, la desigualdad en la distribución de la riqueza, la mercantilización de todas las cosas (incluidos bienes y servicios vitales como el agua y la educación), el consumismo, la deforestación a gran escala, la despoblación del campo, el crecimiento de la “mancha urbana”, el crecimiento demográfico exponencial, las migraciones masivas de los pobres, la contaminación del aire y del agua, el cambio climático, el exterminio de los animales, la excesiva presencia de agentes químicos en la alimentación, el exceso de tecnología en la vida y la comunicación cotidianas, el excesivo

consumo de energías fósiles, la corrupción pública, la degradación de las democracias, la violencia y el terror en las ciudades, la falta de formación de seres humanos y ciudadanos en las escuelas, y la ausencia de una ética en la producción de conocimiento científico.

En general, todos estos males son, para Ospina, consecuencias del concepto de progreso que ha imperado desde el triunfo del capitalismo, que fue apoyado incluso por Marx y que ha alcanzado su apogeo en nuestro tiempo con el auge del neoliberalismo y la globalización. Estas dos últimas tendencias promueven el desarrollo científico y tecnológico solo con el fin de aumentar la oferta de productos novedosos y así incrementar el consumismo —y, por lo tanto, la rentabilidad de las grandes corporaciones—, sin importar si tales innovaciones representan en realidad un aporte al mejoramiento de la calidad de vida de la gente y, sobre todo, sin importar los costos ecológicos que su producción acarrea. A este respecto, dice el autor: “En manos de la humanidad, destinados al consumo, están los juguetes ingeniosos y pintorescos de la técnica, que se ofrecen como avances en nuestra relación con el mundo, pero que sobre todo funcionan como mercancías” (pp. 13-14).

Ospina se muestra en este libro como un defensor de la conservación de la naturaleza, así como de la tradición cultural en varios aspectos: costumbres, alimentación, medicinas naturales, viajes a pie, literatura y artes, en fin, “la gran herencia [...] de las civilizaciones” (p. 74). De ahí que fustigue a quienes él mismo llama “los meros adoradores de la actualidad” (p. 164), una parte de los cuales son los “publicistas a sueldo” que le cantan día y noche al “poderío industrial, científico y tecnológico (p. 173)”. Cantos de alabanza a los cuales él opone sus observaciones y advertencias, pues a su criterio el ser humano no ha alcanzado el suficiente progreso moral como para manejar con madurez y sin peligros ese vasto poderío.

¿Hay, a juicio del ensayista, alguna salida para esta crisis? Sí, la hay (él se autodefine como un utopista), y ha sido la misma crisis la que la ha posibilitado: al haber unificado la globalización

a toda la humanidad en torno a unos males comunes, a unos problemas compartidos, puede surgir “una forma desconocida de la solidaridad mundial” (p. 62), “una revolución del afecto” (p. 73), liderada y promovida no por los Estados ni por los políticos, sino por “la iniciativa múltiple y autónoma de los ciudadanos” (p. 73). Ospina insiste a lo largo de la obra que la salvación puede depender de la acción individual de cada uno. “El mal es tan grande que solo se puede luchar contra él en los pequeños escenarios” (p. 75), dice. Es en manos de los ciudadanos “donde está la posibilidad de cambiar un poco las cosas”, “en cada sitio, en la raíz de cada árbol, en la fuente de cada río” (p. 75). Por ello es necesario que los ciudadanos, en particular los jóvenes, aumenten su “conciencia crítica” y avancen en su capacidad de ser prudentes y reflexivos. Ospina no llama a “prohibir nada”, a “detener por la fuerza nada”. La revolución que propone es una suerte de revolución social y cultural de terciopelo.

Para él, es preciso que la humanidad vuelva a tomar conciencia de que, en vez de ser una suerte de porción de divinidad a la que se le entregó en encomienda el planeta Tierra para explotarlo a su libre arbitrio, es una parte más de la naturaleza, una especie animal entre tantas otras, con la obligación de respetar tanto a aquella como a estas. El ser humano debe desacralizarse a sí mismo y sacralizar la naturaleza. Y así ocupar su verdadero lugar en ella.

A todo lo largo del libro, Ospina expone estas ideas en un mismo estilo, que determina la unidad formal del libro que mencionábamos antes: se trata de una prosa charlada, bastante cercana al tono oral, y de una dicción diáfana y precisa. Son frecuentes en ella los toques y giros líricos, lo que se corresponde con otro rasgo notable de este trabajo: el hecho de que, siendo su materia ensayos sobre problemas sociales, económicos, políticos y éticos, no acude tanto en sus citas a las autoridades habituales en estas áreas como a los poetas. Es cierto que cita a Marx, a Hegel, a Nietzsche y a los filósofos de la antigua Grecia, así como a teóricos contemporáneos como el economista Edward Glaeser, el sociólogo y economista Jeremy Rifkin,

el divulgador científico inglés John Emsley y el urbanista y filósofo Paul Virilio, entre otros, pero sin duda la nómina principal de los autores en los que apoya su discurso está constituida por poetas: son más de una veintena a los que invoca. De los que reproduce textualmente poemas enteros o fragmentos de ellos, hasta el punto de que se puede decir que *El taller, el templo y el hogar* contiene en sus páginas un segundo y pequeño libro que ofrece en sí mismo un interés aparte para el lector: una breve antología razonada de poesía universal.

Añádase a lo anterior que uno de los ensayos trata sobre la estrecha relación entre “Salud y poesía”, que otro, “El cuarto elemento” —que hace un recuento de los dones y virtudes que brinda el agua a la vida humana y a la vida general del planeta—, tiene como guía un poema de Borges, y que, en fin, el *leit motiv* de toda la obra, que sintetiza el punto de partida de sus reflexiones y críticas, es una frase de Hölderlin: “Están envenenando los manantiales”. Esa relevante presencia de los poetas y de la poesía no es gratuita: le sirve para sustentar sus reservas frente al racionalismo y su defensa de las respuestas de carácter imaginativo, onírico y mágico a las preguntas cruciales sobre la condición humana.

Creo que, en esencia, las objeciones y alarmas de Ospina respecto al rumbo que llevan las cosas en la sociedad actual son justas y razonables, pero quizá el nuevo orden utópico que esboza y sobre el cual trasluce entusiastas expectativas peca justamente de un quimérico lirismo.

Joaquín Mattos Omar